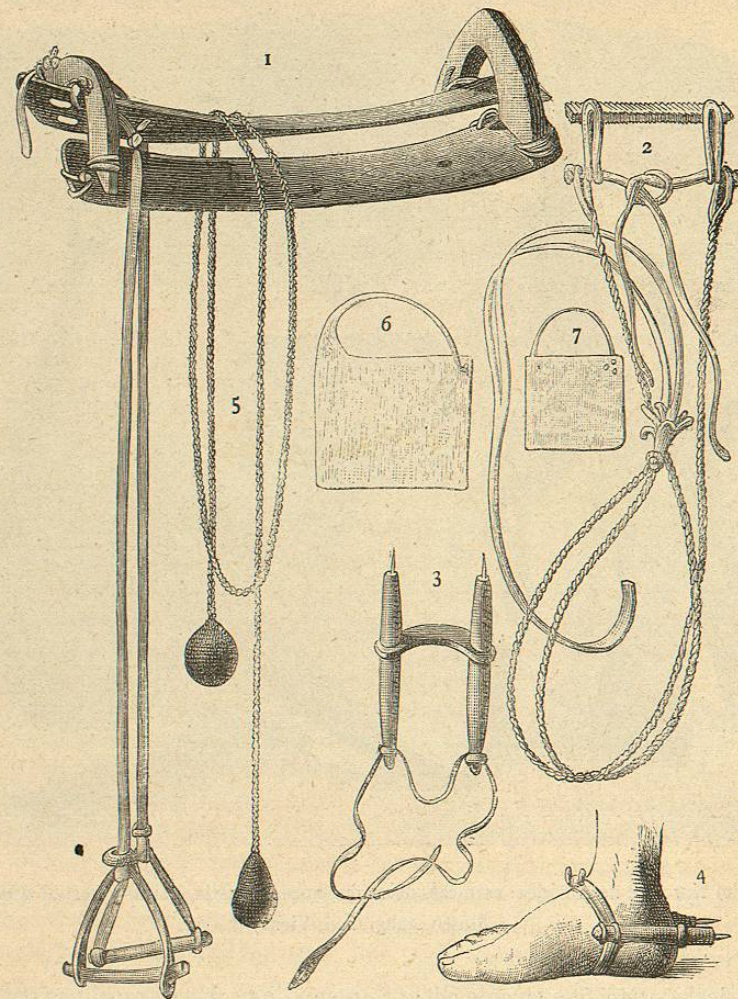


Estos pueblos viven la mayor parte del año de moluscos y sólo de tarde en tarde pescan una foca, una pequeña nutria (*Lutra felina*) y el *Myopotamus Coyfu*. Los chonos visitan las llamadas *rookeries* en donde se reúnen al tiempo del pareo el *Arctocephalus* y la *Otaria* cogiendo á menudo buen número de éstos. Los jagahnes rara vez matan un guanaco y aunque con más frecuencia dan muerte á alguna zorra sólo aprovechan de ésta la piel despreciando la carne. De entre los moluscos proporcionanles alimento el *Mytilus* y la *Patella*, y de que de éstos se alimentan principalmente

convenciósse Coppinger en las islas de los Chonos registrando cuidadosamente los montones de escombros que aparecen cerca de sus cabañas y se componen casi exclusivamente de conchas de mariscos, encontrándose también en ellos, aunque por modo excepcional, huesos de algunos pájaros, como por ejemplo de corvejón. Los calamares, los cangrejos y los pescados de cierta clase no son tampoco despreciados; los mariscos se comen crudos, los pescados rara vez porque generalmente se comen estofados ó asados con grasa ó con aceite de ballena en una concha de maris-



Adornos y equipo de los jinetes patagones. - 1 Silla. - 2 Bocado. - 3 y 4 Espuelas. - 5 Bola. - 6 y 7 adornos para las orejas (según Wood)

co. Lovisato refiere que las mujeres de los jagahnes aplican un mordisco detrás de las agallas á todos los pescados que cogen, pero ignora si hacen esto por superstición ó por otro motivo cualquiera. Los pocos vegetales que sirven de alimento se comen también crudos. El uso de las bebidas espirituosas y del tabaco sólo aparece allí donde puede ser atribuído al contacto con los buques; al decir de Bove y de Lovisato, aquéllas son poco solicitadas.

Es notable el modo de encender fuego que tienen los fueguinos, pues para ello golpean entre sí dos guijarros ferruginosos; la chispa que así se produce se comunica á un poco de plumón de ave que convenientemente soplada trasmite el fuego á unos ramujos pequeños y secos. Esos guijarros proceden de la isla Clarence, lo cual demuestra que existe un animado tráfico entre los indígenas de las distintas islas. Esta noticia la da el capitán Marcial al paso que otros observadores nada dicen acerca del modo de encender el fuego ó, como Lovisato, se manifiestan completamente ignorantes respecto de este punto. Ignórase, pues,

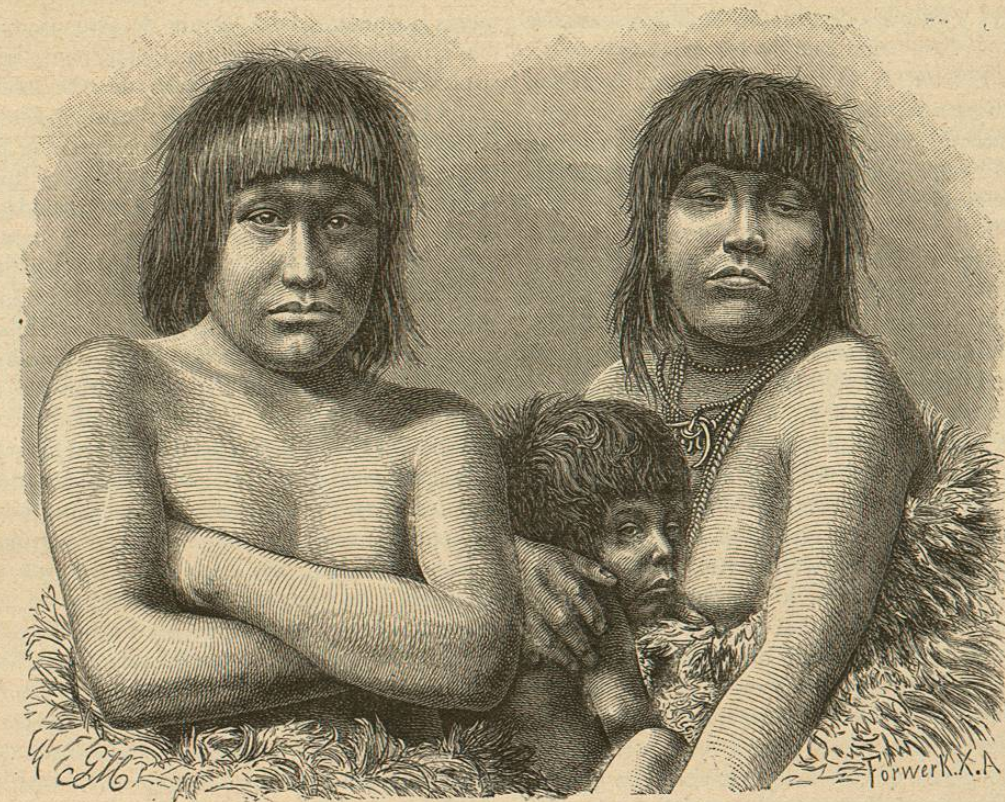
si ese sistema fué introducido por los europeos ó si tuvo algún otro origen.

Las mujeres son las que más parte toman en la adquisición de los medios de alimentación. Habiendo manifestado Byron á algunas fueguinas que tenía hambre, éstas se levantaron y echaron á andar seguidas de dos perros adiestrados para la pesca. «Al cabo de una hora regresaron tiritando de frío y con las cabelleras chorreando agua, trayendo dos pescados que asaron y de los cuales me dieron la mayor parte. Estas mujeres remaron mar adentro hasta encontrar la profundidad conveniente, que era de 8 ó 10 brazas, y una vez en el punto á propósito la más joven se arrojó al mar teniendo agarrada con los dientes una cesta y permaneció debajo del agua durante larguísimo rato; cuando hubo llenado la cesta de mariscos regresó al lado del bote y entregó su botín á la otra y después de haber respirado un poco se zambulló de nuevo repitiendo su operación durante media hora. Parece como que la Providencia teniendo en cuenta que el mar es la única fuente de alimentación

de estas gentes las haya dotado de naturaleza anfibia. Pero como el mar es en estas regiones muy tempestuoso y con fragoroso estruendo se estrella en las rocas de la costa, poco es lo que esos indígenas pueden pescar en la superficie viéndose por lo mismo obligados á buscar su sustento en las tranquilas aguas del fondo. Esto hay que tenerlo en consideración cuando se ve á niños hasta de tres años arrastrarse á gatas por entre los peñascos desde los cuales se lanzan al mar sin hacer el menor caso del frío á menudo intenso y despreciando el estruendo de las encrespadas olas. Este sistema de vida tiene naturalmente sus inconvenientes, así es que el autor citado dice ser allí muy frecuente la elephantiasis que, á su modo de ver, puede ser

consecuencia de la costumbre que tienen los nadadores apenas salen del agua medio helados de acercarse lo más posible al fuego exponiendo á la acción del calor, como antes expusieron á la del frío, primero una y luego la otra mitad del cuerpo.

Aun cuando el mar de la Tierra del Fuego no contiene menor riqueza de animales que muchos otros, no por esto evita á los fueguinos la frecuente aparición de períodos de horrible hambre. Refiere una narración que una tribu de la costa occidental compuesta de 150 personas se vió durante largo tiempo, y á causa de las continuas tempestades, imposibilitada de hacerse á la mar para pescar focas, encontrándose las mujeres en la misma imposibilidad de



Una familia de fueguinos. (De una fotografía)

buscar entre las peñas los mariscos que constituyen parte tan principal de su alimentación. Al cabo de muchos días habiendo descubierto sobre la costa y á cuatro jornadas de distancia una ballena, algunos intentaron un esfuerzo supremo, fueron allá y trajeron varios trozos de carne medio corrompida en los cuales practicaron agujeros para mejor llevarlos pasados al cuello á manera de ponchos. Estos pedazos de carne quizás eran de los que se entierran en la arena para los tiempos de hambre, costumbre que está fuera de toda duda y que merece consignarse como uno de los pocos casos en que dan muestras de previsión.

Estas circunstancias son altamente favorables al canibalismo, de suerte que tomándolas en consideración se siente uno de antemano inclinado á colocar este rasgo entre los más salientes de la vida de los fueguinos; sin embargo, aunque hay algunos indicios que prueban la existencia de esta bárbara costumbre, es preciso decir en honor de la verdad que los autores que con más exactitud han descrito á los fueguinos no imputan á éstos la antropofagia. De todos modos la probabilidad *á priori* no deja de ser muy grande, y aun aumenta al considerar que hasta en los pueblos civilizados aparecen algunos casos de canibalismo como consecuencia de hambre imperiosa. Por lo que toca á la forma

que esta costumbre reviste entre los fueguinos, un muchacho indígena refirió á un amigo de Darwin que en los períodos de hambre son devoradas las mujeres viejas relatándole minuciosamente la manera cómo se las ahoga exponiéndolas á la acción del humo y cuáles partes de su cuerpo son las más sabrosas, y añadiéndole que si alguna vez las víctimas destinadas al sacrificio han tratado de buscar su salvación huyendo á las montañas los hombres han ido en su persecución y las han traído á su propio hogar para sacrificarlas. Preguntado este muchacho por qué escogían precisamente á las mujeres viejas y no á los perros, contestó: «Los perros cogen nutrias y las viejas no.» Análogas noticias dió sobre este particular el fueguino Jemmy que Fitzroy llevó á Inglaterra. Los modernos observadores han negado, como hemos dicho, la existencia de esta costumbre. De todos modos los fueguinos no son caníbales por naturaleza como los vemos entre los negros y los malayos. En cuanto á la anterior narración reproducida por Darwin, puede asegurarse que los ancianos de ambos sexos no sólo viven dentro de la familia fueguina sino que, además, son tratados con especial cuidado.

Las mujeres fueguinas paren fácilmente y con mucha fre-

encia, pero la mortalidad de los niños es extraordinaria. A los recién nacidos se les sumerge inmediatamente en el mar y se les da el nombre del lugar en que nacen. Las madres llevan á sus hijos en una bolsa de piel colgada á la espalda, y el amor que por ellos sienten es citado por los observadores como el único sentimiento noble de que son capaces los fueguinos: sin embargo este cariño desaparece á medida que los niños crecen. Todos los autores se muestran sorprendidos de la facilidad con que los individuos de una familia se separan de ésta: Lovisato cita de ello muchos casos y Coppinger dice hablando de los chonos: «Un niño á quien tomamos á bordo en el canal de la Trinidad no manifestó tristeza alguna por separarse de sus padres, los cuales recibieron con gran alegría á cambio de su hijo algunos collares y un poco de galleta.» Análogas cosas se describen acerca de la conducta de los esposos entre sí, señalándose especialmente la dureza de corazón con que los maridos y los padres niegan á sus esposas é hijos hambrientos el alimento con que ellos mismos pensaron refocilarse. Bove pudo adquirir á muy poco precio de un fueguino el esqueleto de su propio padre.

Entre los fueguinos el matrimonio reviste, á ser posible, la forma de poligamia. De algunos datos se desprende que el número de hombres es menor que el de mujeres: éstas, á pesar de ser las que proporcionan la mayor parte de alimentos, disfrutan de ellos en menos cantidad que los hombres y en algunos períodos sólo les está permitido comer pescado. Todas las ceremonias del matrimonio parecen estar reducidas á entregar el hombre á la mujer una canoa con arpones y lanzas y á recibir de ella algunas pieles. Los dos esposos conservan sus respectivos nombres.

Dada la dispersión que trae consigo la vida nómada en tales condiciones parece innecesaria la existencia de una organización política, á pesar de lo cual algunos observadores han hablado de stirpes con nombres distintivos y residencias determinadas, es decir de clanes. Bove dice que el mayor grupo de fueguinos que vió se componía de algunos centenares de individuos, pero añade que éstos se agrupaban alrededor de la misión porque en ésta les daban comida y vestido. Fuera de este caso, sólo viajan en grupos de 12 personas que pernoctan en la misma cabaña, siendo muy probable que los individuos de cada uno de estos grupos estén unidos por un estrecho parentesco: estos grupos se componen generalmente de 3 hombres, 5 mujeres y 4 niños y podrían constituir la asociación más natural, es decir, la familia. Únicamente respecto de la tribu cazadora de los onas (nombre que nos recuerda el de enus que ya en 1599 aplicó van Noort á una tribu) se dice de una manera concreta que proclamaba jefe al más fuerte. Los *jakomusches* de los jagahnes, que Fitzroy tomó equivocadamente por caudillos, son médicos hechiceros que á pesar de las supersticiones en que aparecen envueltos son objeto más bien de odio que de respeto.

En ningún pueblo han sido tan menospreciadas las manifestaciones espirituales como en los fueguinos: toda la vida

de éstos es tan miserable que, al parecer, tenfise por imposible mencionar en ella la menor chispa de elevadas aspiraciones; de aquí que la mayoría de los observadores no se hayan molestado gran cosa en este punto y que cuando han visto dar resultados negativos á un par de pruebas zumbonas sobre el sentimiento religioso, la idea de Dios etc., hayan negado, sin meterse en más averiguaciones, á los fueguinos la facultad de pensar en cosas que se salgan de los límites de las diarias necesidades. Lovisato que, por lo demás, nos ha dado excelentes datos acerca de los fueguinos, dice: «La muerte de una persona no les causa el menor sentimiento: el pintarse el rostro, los gritos, las heridas que se infieren cuando se les muere un pariente, la destrucción de la choza del difunto etc., no son más que meras costumbres.» La lectura de esto produce en el ánimo la impresión de que intencionadamente se ha querido deprimir las cualidades morales de este pueblo, cuando, por el contrario, habría sido más justo y más conforme con la realidad hacer constar que á pesar de su pobreza y de su miseria observan estos pueblos los usos funerarios más expresa y fielmente que las naciones que nadan en la abundancia. Cuando hagamos la descripción general de las religiones indias veremos cuánto coinciden con las de los de más americanos las prácticas mortuorias de los fueguinos, entre los cuales encontramos hasta la costumbre de vestir á los cadáveres acurrucados y arrollados á modo de momias, dándose con frecuencia el caso de que sea enterrado el cuerpo con vestiduras mejores que las que llevó en vida. Cuando el fallecimiento ocurre en el mar, los sobrevivientes se pintan en el rostro dos líneas onduladas negras y blancas alternadas. Para cementerios escógenese con frecuencia las pequeñas islas. Los nombres de las personas fallecidas no se pronuncian con gusto; las almas de los muertos se retiran á los bosques, así es que el grito de un pájaro, un crujido de un ventisquero, y en suma cualquier sonido inexplicable son para los fueguinos voces de los espíritus. Difícil es decir hasta qué punto el pensamiento de estos pueblos vuela hacia las ideas de un Dios y de una vida futura: carecen, al parecer, de ídolos y de amuletos, pero distinguen entre los buenos y malos espíritus por más que de las manifestaciones de éstos no sepan derivar recompensas ni castigos. Los jagahnes dan el nombre de *kurspik* (palabra que Lovisato traduce por demonio) á un espíritu que, según ellos, azota á la humanidad con tempestades, nieves y lluvias. Algunas prácticas indican el temor que se siente de que los altos poderes inflijan castigos; tal sucede con ciertas reglas sobre los manjares y sobre la templanza de algunas de las cuales hemos ya anteriormente hablado. Uno de los fenómenos más temidos es el remolino hacia el que se siente un miedo sobrenatural. Lovisato refiere que cierto fueguino que por espacio de tres horas seguidas le había servido de guía al través de nieves cuya profundidad alcanzaba algunos metros, se arrojó de repente y se negó á seguir adelante por haber visto un remolino en un torrente de la montaña.

CAPITULO VIII

RELIGIÓN Y SACERDOTES DE LOS INDIOS

«Todos los indígenas de América poseen un sentimiento de lo sobrenatural y están convencidos de que cuando trabajan rodéanles multitud de fuerzas invisibles pero poderosas que, si quieren, pueden auxiliarles ó molestarles en sus faenas. En cada pecho hay un altar consagrado al Dios desconocido.»

D. G. BRINTON.

Materias religiosas. La cuestión de un Dios. El primitivo dios creador. Adoración del sol. La luna. Los auxiliares del creador. El portador del fuego. Menabuscho. La creación. Yalchi. Leyenda del diluvio. Vientos y regiones del mundo. Surgen de la tierra los pueblos. Leyendas de emigraciones. Adoración de los animales. Aves gigantes. Águilas. Adoración de los muertos. Culto de los osos. Creencia acerca de las serpientes. Moluscos. Leyendas de animales. El árbol del mundo. Adoración de las montañas y de las piedras. Creencia en las almas y en los espíritus. El otro mundo y el infierno. Ídolos. Templos. — Sacerdotes y médicos. Medicinas. Magnetismo animal. El agua como medio de purificación. — Sepeleros y cadáveres. Uniformidad y variedad en las prácticas mortuorias. Sepelios sobre y debajo de la tierra. Momificación. Máscaras mortuorias. Enterramiento provisional. Forma portátil de sepelio. Sepulturas y panteones. Monumentos funerarios. Presentes que se hacen á los cadáveres. Fiestas funerarias.

No existe ningún pueblo americano sin religión. Esta se compone de la creencia en uno ó en varios seres supremos y en una porción de espíritus de segunda fila, de las leyendas acerca de la creación que por aquéllos fueron referidas, y de la idea de otro mundo dividido generalmente en supraterrrenal y en subterráneo en el que tienen las almas su residencia pero del cual pueden regresar á la tierra como espíritus ó como almas reengendradas. La idea de un solo Dios aparece vagamente manifestada por la adoración que al cielo ó al sol se concede. Aquel pensamiento que Balboa pone en boca del inka Yupanti: «Nuestro señor y padre, el sol, debe á su vez estar subordinado á un señor y amo más poderoso que él y que le obliga á seguir sin descanso su ruta diaria» puede ser también aplicado á los espíritus de los nahúas de Tezcoco; por lo menos, algunas expresiones como infinito, omnipotente, alma del mundo, creador de todo, etc., indican presentimientos que buscan una expresión en imágenes que se salgan de lo común. El vulgo, empero, no se eleva á tales alturas sino que rebaja á los grandes espíritus de la creación y de la ordenación del mundo á un nivel inferior en donde sus funciones se manifiestan por medio de locas mascaradas de animales y de innobles antropomorfismos. De aquí que la investigación moderna rechace con razón por accidental la cuestión del dios único coronando el edificio religioso de los indios, pues tampoco aquí puede sustituirse con el pensamiento más claramente expresado por una sola tribu ó por un grupo de sacerdotes el largo proceso histórico cuyo resultado ha de ser siempre el dios único supremo y necesario, llámese Jehovah ó Allah.

La adopción de una palabra del vocabulario indio que expresara nuestra altísima noción «Dios» fué para los misioneros de estas regiones tarea tan difícil como lo había sido para los de los países hotentotes y malayos, pues todas las ideas suficientemente abstractas que entre estos pueblos aparecían reducíanse á «alma», «espíritu» y quizás «sombra», ó significaban simplemente «milagroso.» De todas estas expresiones ninguna podía aplicarse á una unidad

personal, puesto que todas envolvían la idea genérica de «sobrenatural.» El *Manitu* de los algonkines no es en manera alguna, como algunos pretenden, la palabra con que se designa al «gran espíritu», sino que significa algo misterioso, incomprensible y así lo demuestra el hecho de dar este pueblo al acero el nombre de *Manitu bivabik*, es decir, piedra maravillosa; y los misioneros, para enmendar su antiguo error, no tuvieron más remedio que anteponer á la palabra *Manitu* el adjetivo *Kitschi* (grande) á fin de designar de este modo á Dios. Del mismo modo *Wakán* es la palabra con que los dakotas designan algo inexplicable y *wakanehon* un verbo que significa hechizar; así es que este pueblo llama á un buque de vapor *wakán* y al propio tiempo *Wakán-tanka* al gran espíritu. Brinton recuerda que *wakán* usado como adverbio quiere decir «arriba.»

La idea india de Dios, separándonos de la esfera de lo general ó, mejor dicho, de lo que se pierde de vista, nos aproxima á aquel punto en que recibe relaciones cosmogónicas y se condensa luego en la imagen única del creador del mundo personalmente concebido. A menudo queda en pie la siguiente cuestión: ¿Es el creador, en tal ó cual mito indio, la última fuerza creadora, la causa final del ser, ó ha de ser comprendido como uno de los auxiliares de los dioses que en casi todas las mitologías ayudan á la creación y especialmente á la del hombre, ó finalmente—como lo expresa el nombre de *Ikaktutas* que los hidatschas dan á Dios—es tan sólo «el primero creado» que cuidó luego de la creación ulterior? Por último se ha dicho que así en la idea religiosa como en la imagen cosmogónica lo que para nosotros es el dios supremo aparece á los ojos de estos pueblos tan distante y por ende á menudo tan vago cuando no ignorado, que para que nuestra idea de Dios fuera comprensible sería preciso implantarla de nuevo por completo. El dios supremo creó de entre los otros dioses al sol, á la luna y á las estrellas, el primero de los cuales es especialmente designado como la criatura divina más próxima á él y aun las acciones de uno y otro, es decir, la luz, la vida y el espíritu no se presentaban perfectamente deslindadas. Como efecto de esta creación se señalaba el engendramiento de auxiliares para ordenar el mundo, auxiliares que al nacer á la vida aparecieron en la tierra salidos del agua ó de las cavernas. No es aventurado ver en este dios creador primitivo al cielo. La creencia de que algún día vendrían los hombres de la luz para hacer valer su derecho sobre el país que el dios de la luz había creado y poseído antes de regresar al cielo, contribuyó poderosamente á la rápida propagación del poder de los conquistadores blancos del siglo décimosexto.

En casi todos los pueblos americanos de cuya vida religiosa tenemos noticias detalladas encontramos en forma más ó menos marcada la adoración del sol; únicamente falta en absoluto entre los athapaskes septentrionales que en esto se parecen á los esquimales. Waitz dice que el único pueblo de adoradores confesos del sol que existe en la América del Norte es el de los *natchez* que adoraban á este astro como *wah sil* (gran fuego) y vindicaban la prioridad para el fuego. Esta limitación, sin embargo, no es otra cosa que una de las varias sombras que la cultura notable, especialmente al exterior, de Méjico y del Perú arroja sobre la vida de aquellos indios no rodeados de tan brillante aparato como los súbditos de Moctezuma ó de los inkas, y no ha sido reconocida por los mejores conocedores y en prueba de ello recordaremos únicamente las palabras de Schoolcraft: «Los indios de los Estados Unidos veían en el sol el símbolo de la luz, de la vida, de la fuerza y del espíritu y lo consideraban como encarnación del gran